

# AL COMPÁS DEL AMANECEER

MICHELLE DURÁN



CROSS  
BOOKS

AL COMPÁS  
DEL AMANECEER

MICHELLE DURÁN

CROSS  
BOOKS

CROSSBOOKS, 2023  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Michelle Durán, 2023  
© Editorial Planeta, S. A., 2023  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: julio de 2023  
ISBN: 978-84-08-27533-6  
Depósito legal: B. 11.667-2023  
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

Mark Clark había sido muchas cosas a lo largo de su vida. Delincuente, adicto, mal estudiante, mal hijo, mal hermano y mal amigo. Pero nunca había sido el «algo» de un pijo.

—¿Quieres que siga?

Los besos de Parker eran tan adictivos como la más maravillosa de las drogas. Mark pensó que no tardaría en aburrirse de ellos, pero no fue así. Quizás eso era lo que había hecho: sustituir el subidón de las drogas por el sabor de los labios del pijo.

—Si paras ahora, te mato.

Los ojos de Parker brillaron con picardía. Se inclinó sobre él, tiró con los dientes del labio inferior de Mark y este lo agarró de la nuca, enredando los dedos entre las hebras de su pelo. Parker gimió por la sorpresa, y Mark aprovechó ese momento para culminar el puñetero beso.

Sus cuerpos eran un amasijo de extremidades entrelazadas sobre unas sábanas de seda, tan suaves y delicadas que Mark tenía ganas de desgarrarlas con las uñas. Fuera, el cielo caía sobre la tierra en forma de nieve. Diciembre había llegado con fuerza a la ciudad, regalándoles temperaturas bajo cero y la necesidad de caminar con ropa de abrigo, pero Mark

no tenía frío. Sentía su cuerpo en llamas, un calor abrasador que le nacía en las entrañas. Pequeñas gotitas de sudor le caían por el cuello, y Parker las lamió con gula. Mark siseó por la sorpresa. El chico sonrió, satisfecho, y continuó el camino de besos descendentes a lo largo del tronco de Mark. Ah, sí. Por fin empezaba lo bueno.

Había algo que a Mark le gustaba más que los besos de Parker, y eso eran sus mamadas.

El niñito de papá sabía utilizar muy bien la lengua.

Así que, cuando Parker llegó hasta su destino y lamió su extensión, Mark se acomodó y se dispuso a disfrutar.

—Se parecen a ti.

Parker alzó la cabeza de debajo de la almohada y lo miró.

—¿Desde cuándo eres tan cotilla? —preguntó, pero Mark lo ignoró y siguió recorriendo con la mirada las fotografías de la cómoda.

La habitación de Parker parecía una fantasía psicodélica sacada del sueño húmedo de un millonario. Las paredes eran blancas y el techo era un artesonado de cemento, con detalles en pan de oro que remataban las esquinas. Estaba dividida a doble altura por un escalón que separaba una zona con sofás de cuero negro y un televisor de plasma de una gran cama de matrimonio. A Mark le costaba reconocer en ella la personalidad de Parker. Quizás por eso el pijo se había esforzado tanto en dejar su impronta: todo era un desastre, como si alguien hubiese tirado una granada en su interior y hubiese cerrado la puerta para evitar la onda expansiva. Se preguntó si eso era algo propio de la gente con pasta, porque la habitación de Peterson era muy similar. Recortes de periódicos pegados en las paredes con cinta adhesiva, cojines por el suelo, un portátil encendido encima de una mesita de café llena de revistas,

jerséis y pantalones tirados sobre los respaldos de las sillas y sofás... El pijo tenía vestidor, pero, como Mark no había tardado en averiguar en las dos semanas que llevaban acostándose prácticamente todos los días, tenía tanta ropa que también contaba con cómodas repartidas a lo largo de toda la habitación. Encima de una de ellas había numerosas fotografías; todo un mosaico de rostros desconocidos, tan parecidos a Parker que Mark no dudaba de que se trataba de su familia.

Mark reconoció a su madre, la mujer con el semblante más amargado que había visto en su vida. Posaba junto a un hombre que era la versión envejecida de Parker.

—¿Es tu padre?

—Richard Parker, uno de los abogados penalistas más reputados de todo Estados Unidos. Bueno, exabogado. Ahora está jubilado.

—Lo dices como si fuera algo malo. Que tu padre sea jodidamente rico y famoso, me refiero.

Parker no contestó. En lugar de eso, rodó sobre la cama hasta alcanzar las gafas que se encontraban sobre la mesita de noche.

—Vuelve a la cama —le dijo, finalmente.

Siempre evitaban hablar de este tipo de cosas —qué eran, qué hacían—, así que Mark solía sorprenderse cuando algo más que deseo se asomaba por la mirada de Parker, sentimientos muchísimo más profundos de los que estaba dispuesto a comprender. A veces se le olvidaba que se le había declarado. El pijo no era más que un pasatiempo para él, se decía. Algo con lo que jugar de vez en cuando, sin más pretensiones que las de pasar un buen rato. Sus cuerpos se compenetraban y funcionaban en la cama, como los engranajes de un reloj. Su relación no era muy diferente a la que Mark había mantenido con Kiera durante tantos meses. Solo sexo, un poco de química.

No sabía por qué se encontraba en la necesidad de recordárselo a sí mismo todo el rato.

Mark estaba empezando a pensar que Parker era la mayor locura que había cometido jamás.

Retrocedió sobre sus pasos y se agachó para rescatar una cajetilla del bolsillo de sus pantalones.

—Ni se te ocurra —amenazó Parker—. Si mi madre te pillá fumando aquí me deshereda.

Mark ocultó una sonrisa divertida colocándose un cigarrillo entre los labios.

—¿No te ha desheredado ya? Ya sabes, por eso de ser maricón, o por ponerle los cuernos a tu novio.

Parker torció el gesto y se echó hacia atrás como si alguien acabara de abofetearlo. Docenas de motitas rojas empezaron a salirle por toda la piel y sus orejas adquirieron una tonalidad carmesí.

—Eres un gilipollas.

Mark se encogió de hombros. Se prendió el piti y le dio una larga calada. Si Parker buscaba palabras de dulzura después del sexo se había metido en el sitio equivocado.

—Dios —lo escuchó mascullar Mark. El chico se levantó de la cama y se puso los calzoncillos medio enfadado. Mark tendió el cigarrillo en su dirección—. ¿Qué?

—¿Quieres?

Durante unos segundos, Mark estuvo seguro de que Parker lo mandaría a la mierda. De hecho, abrió la boca y colocó la lengua como para pronunciar esas palabras, pero pareció rectificarse en el último momento. En lugar de eso, aceptó el piti que le ofrecía Mark, le dio una calada y volvió a sentarse sobre la cama. Mark lo acompañó segundos después.

—¿Por qué eres así? —le preguntó Parker. Tenía los rizos encrespados pegados a la frente, y Mark sintió el impulso de apartárselos.

«Por esto, mierda».

Mark no contestó. No tenía ningún sentido, nada de esto. Se suponía que iban a follar un tiempo y que luego se aburriría de él. ¿Por qué no era así? ¿Qué coño le pasaba? ¿Se estaba volviendo un sentimentaloides? ¿Qué haría cuando dejase de estar cachondo y, aun así, siguiera queriendo pasar tiempo junto a Parker?

Nunca se sintió de esta manera con Kiera.

Maldita sea.

—¿Mark?

—Acércate —dijo, no como una petición, pero tampoco como una orden. Parker guardó silencio, pero accedió. Apagó el cigarrillo en la suela de uno de los zapatos que tenía desperdigados por el suelo y recortó la distancia que los separaba. Mark tiró de él y lo besó. Su lengua sabía a humo y nicotina.

Por desgracia, no tuvieron tiempo de profundizar mucho. La puerta de la habitación se abrió y Parker se alejó de él como si Mark fuera venenoso.

Priscilla Parker los observaba lívida, como si estuviera frente a un desastre natural o un incendio que acabara de arrasarlo todo su hogar.

No parecía muy contenta.



## 2

Lee Parker estaba perdido.

Uno pensaría que después de su largo historial de fracasos amorosos habría aprendido la lección, pero qué cojones. Su cerebro tenía que ser más obtuso que una lámpara de plexo, porque que lo mataran si no estaba loco por el jodido Mark Clark.

—¿Qué...? —Su madre parecía incrédula, como si no terminara de creerse si lo que estaban viendo sus ojos era real o fruto de su imaginación—. ¿Se puede saber...?

Mark reaccionó antes que él; se levantó de la cama y, tras echarle a Priscilla una mirada de lo más condescendiente, empezó a recoger su ropa del suelo. Lee se movió justo después. Se hizo con su camiseta y se la pasó por encima.

Estaba del revés.

—Mamá, pensé que estabas con Ashley y...

—Lo estoy. —La voz de su madre sonó fría como el hielo, y solo entonces Lee se fijó en que, tras ella, se encontraba su hermana mayor, tratando de ocultar una sonrisa.

Bueno, por lo menos alguien se lo estaba pasando bien con esta situación.

—Yo me largo —dijo Mark. Se había vestido en tiempo

récord y ahora lo miraba con una mueca divertida. Volvía a tener la cajetilla entre las manos, y Lee estaba a una sola chispa de mechero de ponerse a gritar. «Lo está haciendo a propósito —pensó—. Dios, otro igual. Está disfrutando de esto, el muy cabrón».

—Sí, vete. Es lo mej... —Las palabras murieron en su boca cuando Mark, el puñetero Mark-esto-no-es-nada-serio, tiró de su camiseta y lo besó. Lee soltó un gemido sorprendido, y no tuvo tiempo ni de cerrar los ojos antes de que el otro chico se alejara de él, no sin antes morderle ligeramente el labio inferior.

Ay, joder.

Mark le sonrió una última vez y dio media vuelta. Priscilla se apartó de la puerta con las manos en alto, como si no pudiera soportar que alguien de los barrios bajos la tocara, pero a este no pareció importarle mucho. Se colocó un pitillo entre los labios y se lo prendió, con calma. Después, inclinó la cabeza.

—Señoras —dijo, y abandonó la sala en una nube de humo.

Lee permaneció quieto, observando su espalda al alejarse, hasta que la mirada afilada de Priscilla le hizo reaccionar.

—Vístete —ordenó ella, y agarró el picaporte de la puerta con tanta fuerza que sus nudillos se pusieron blancos—. Espero que tengas una buena explicación para esto.

Lee no contestó. Al fin y al cabo, ¿qué podía decir? Acababa de pillarlo cometiendo el peor delito en la familia Parker: la desobediencia.

—¿En qué estabas pensando? —La voz de Ashley sonó ansiosa mientras bajaban las escaleras rumbo al salón de las visitas. Priscilla se les había adelantado; había pedido que le sirvieran una tila y ahora Lee se la imaginaba sentada en uno de los sofás, con la misma expresión con la que se había marchado de su habitación.

—¿Y yo qué sabía? ¿Desde cuándo mamá entra en mi habitación?

—Dios. —Su hermana negó con la cabeza—. Está furiosa, Lee. Muchísimo.

—¿Cuándo no lo está? —preguntó él. Se detuvo a las puertas del salón y agarró a su hermana del brazo—. Ashley, ¿qué más da? Pensé que estabas de mi parte.

—Y lo estoy. Yo soy la primera a la que le alegra saber que tu relación con ese chico va por buen camino, sea la que sea. E incluso me ha parecido divertida la situación.

A Lee no le gustó nada su mirada.

—¿Pero?

—Pero... hay normas, Lee. No puedes traerlo a casa.

Lee retrocedió un par de pasos, dolido.

—¿Tú también me vas a regañar?

—No, joder, no. No soy la más apropiada para hacerlo.

—No, no lo eres. —La mirada de Lee fue letal.

—Lee, escucha. Lo único que quiero es...

Pero Lee no se quedó a escuchar qué era lo que su hermana quería o dejaba de querer y entró en el salón.

Qué curioso. Pese a la tensión que se podía respirar en el ambiente, Lee estaba muy tranquilo. Sus piernas no temblaban como aquella vez en el despacho de su madre, y hasta podía decirse que la mueca de su rostro era desafiante. Caminaba con la cabeza alta, como el Parker que era. No había hecho nada malo. Por fin ahora lo entendía.

Priscilla ni siquiera cambió el gesto cuando Lee se sentó frente a ella.

—Habla —le ordenó.

Lee tomó aire.

—Mark y yo nos acostamos. No es nada serio, pero él me gusta, así que voy a seguir viéndolo.

Una grieta; una de las cejas de Priscilla tembló ligeramente.

—Eres un niño estúpido —dijo, con la voz fría como el hielo.

—Eso ya me lo dijiste.

Durante un par de segundos, Lee llegó a pensar que Priscilla se lanzaría sobre él para abofetearlo, pero su madre tenía un gran control sobre sí misma, así que en lugar de eso posó la tila sobre su regazo.

—La entrevista para la televisión es esta noche. Espero que sepas comportarte.

Ah, mierda, la puñetera entrevista. A Lee no había nada que le apeteciera menos, salvo quizás hacerse el harakiri.

—No creo que sea apropiado que yo vaya.

—No me importa lo que tú creas. Acabas de demostrarme que no estás en tus cabales.

—¿Por acostarme con un chico?

—Por acostarte con ese chico —escupió, y quizás fue el tono con el que pronunció esa palabra —*ese*—, como si Mark fuera poco más que un trozo de mierda, o por el brillo asqueado que se podía apreciar en su mirada, pero el cuerpo de Lee se tensó y sus manos se cerraron en dos fuertes puños.

—Entonces, ¿solo te parece bien que sea gay si me follo a abogados o a médicos? Igual tendrías que pasarme una lista de futuros pretendientes, ya sabes, para evitar situaciones como esta.

—No sigas por ahí, Lee.

—¡No! —estalló él—. Eres... ¿y yo soy el que no está en sus cabales? ¿Te estás escuchando? ¿Es que no ves el monstruo en el que te has conver...?

Un sonido seco, tan repentino como el del cañón de una pistola, cortó la frase. Priscilla había tirado la taza al suelo y se había levantado del sofá. Sus ojos refulgían de pura rabia y lo miraban como nunca antes lo habían mirado, ni siquiera cuando se enteró de lo que le había hecho a Freddy.

Algo dentro de Lee se quebró.

—Dúchate y vístete. Quiero que, en la entrevista, te comportes como el hijo al que crie y no como...

—¿Como la persona que soy? ¿Sigo sin ser suficiente para ti?

Priscilla no contestó; cogió la campanita de la mesita de café y la hizo tintinear. A los pocos segundos llegó Maggie, una de las personas del servicio de la familia Parker, y se detuvo junto a la puerta.

—¿Señora? —preguntó.

—Limpia esto —ordenó. No se quedó a comprobar si la mujer cumplía la orden; el tacón de sus zapatos pisó los trozos de porcelana rotos y salió de la sala, sin girar el rostro ni una sola vez para mirar a Lee.

Lee reaccionó. Se agachó y empezó a recoger las partes de la taza. Le temblaban las manos, y su vista estaba empezando a emborronarse por culpa de unas lágrimas que se negaba a derramar.

«Ni se te ocurra llorar. No le des esa puta satisfacción, Lee. Eres más fuerte que todo esto».

—Señorito, deje que yo haga esto. —Maggie corrió a agacharse junto a Lee y le quitó la porcelana de las manos—. Váyase, no se preocupe. Puedo encargarme de todo... ¡Señorito!

Lee agachó la vista. Uno de los trozos de la taza se le había clavado en la palma de la mano y de la herida manaba un líquido espeso. Maggie le tomó la mano entre las suyas y le quitó la porcelana, pero la sangre no dejaba de salir, así que la mujer se levantó y echó a correr fuera de la sala. Lee ni siquiera se inmutó; sus ojos permanecieron fijos en la herida, casi como si estuviera embelesado. No le dolía. El verdadero daño estaba dentro.